



LA CIRUGIA FACIAL EN LA CRIMINALIDAD Y EN LA FELICIDAD DEL HOMBRE

Mayor BERNARDO ECHEVERRI OSSA

"La verdad es que no se trata de corregir la obra de Dios, ni de transformar la criatura creada con el Hábito Divino"

La civilización para ser real, necesita basarse sobre principios filosóficos y científicos y, en este caso, sobre nociones que directa o indirectamente miren al bienestar y al mejoramiento de la persona humana.

Hace siglos quedó establecido que no pueden separarse en el hombre el alma y el cuerpo al efectuarse su estudio, porque los dos forman un total inseparable, a tal punto que el uno incide sobre el otro sin solución y sin intervalos. Tal es la doctrina de Santo Tomás, triunfante en el Concilio de Viena y que hoy campea en las más rigurosas investigaciones modernas.

Para salir un poco de la abstracción presente, podemos decir con práctica mejor, que un cuerpo sano puede comprometerse por un alma abyecta y que un alma noble necesita para la construcción de sus fines de un cuerpo equilibrado en su formación y en su salud.

Es extraño, pero es cierto, que la formología corporal imprime carácter a la conducta humana. Esto prueba lo que se viene diciendo. De allí por ejemplo que en la clasificación biotológica a cada tipo corresponda una

idiosincrasia más o menos probable y que para cada caso de anomalía corporal haya en los resultados de la conducta, formas caracterizantes y en todo caso diferentes a los normales, como sucede con los ciegos, los cojos, los tuertos, etc. etc.

Dicho esto, conviene recordar que las teorías hasta ahora difundidas sobre las causas del delito son de doble orden y naturaleza, según las cuales para unos el crimen viene a ser la consecuencia de las distintas condiciones sociales y para otros la causa debe buscarse en la persona misma del delincuente.

Sea una u otra la causa, y en todo caso las dos al tiempo casi siempre pueden serlo, la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis están de acuerdo en reconocer la influencia, muchas veces irreparable, de una deformación física sobre la evolución del espíritu humano.

Podemos ilustrar este contenido con la historia del doctor Velgo, Juez Checo, que para vengarse del desprecio de que era objeto a causa de su repugnante fealdad física, atraía a jóvenes bajo pretexto de ayudarlas y luego aprovechándose de las circunstancias,

las constreñía a bajas inmoralidades, terminando por asesinarlas.

La verdad fue que este protagonista hasta la edad de 15 años fue un muchacho guapo y distinguido, inteligente y noble. Desgraciadamente a aquella edad se enfermó gravemente y su familia que era modesta, no pudo curarlo a tiempo. Su cuerpo se fue deformando y su cara se hizo una masa de arrugas. En resumen, el muchacho apuesto se transformó por la enfermedad, en un monstruo horroroso.

Pero consecuentemente con lo ya dicho, su ánimo gentil se tramutó en bestial y hosco. Odió la humanidad y primero que todo, a las mujeres a quienes hasta los días de su bella juventud llegaba con sentidas poesías.

Concibió dos ideas que fueron el norte de su existencia: vengarse de las mujeres de quienes se sentía humillado a causa de su fealdad y ascender en el camino de su carrera sin importarle el medio empleado.

Efectivamente su ingenuidad se cambió por una capacidad de hipocresía que le proporcionó la oportunidad para conquistar puestos de preeminencia, aún en los casos en que sus propios protectores caían de lo alto hechos ripio. Con mil ardidés aumentó su importancia en el mundo social y económico y por ellos atrajo a sí a muchas mujeres a quienes seducía con la promesa matrimonial, las embarazaba y luego cuando las veía humilladas rogándole la reparación del daño, las cogía a puntapiés o las estrangulaba. Su fin fue el asesinato decretado por la única mujer con quien se casó, valiéndose contra el monstruo de un sicario.

Hay mil razones para asegurar que si este hombre hubiera tenido los medios económicos para contener su enfermedad o para disimular sus defectos, otra bien distinta hubiera sido su suerte. Y en verdad, tantos la cambiaron mediante la cirugía plástica,

ciencia y arte que mucha gente mira aún con desconfianza. Pero lo cierto es que esta especialización médica ha procurado alegría y nuevos rumbos en la vida a muchos hombres y mujeres, hasta el punto de poder afirmar que la posibilidad de rehacer un rostro coincide frecuentemente con la posibilidad de rehacerse un alma y una vida.

Son miles los individuos de cada sexo y condición social que ven interrumpida la carrera de la felicidad por culpa de una cicatriz facial, de una desviación nasal, de una cara ingrata, de un ceño hosco que no armoniza con la fuente delicada de sus almas y que incide fatalmente sobre su existencia, hasta el extremo de hacerlos seres desgraciados barridos de toda posibilidad.

Esta batalla por el equilibrio facial hace muchos años apareció en el mundo. Visitando un hospital de Florencia (Italia) encontramos cómo los cirujanos durante la primera guerra mundial, hicieron verdaderas hazañas en la reposición de los tejidos destruidos casi irreparables por los destrozos bélicos, en los cuerpos y caras de los soldados y en las víctimas de aquella conflagración. Sin embargo hay un cierto pudor equivocado por parte de quienes sufren el mal y una cierta sonrisa irónica de parte de sus semejantes, que han impedido el apoyo y progreso de la cirugía plástica. Con todo, se provee que a la vuelta de pocos años ella avanzará con las botas de las siete leguas, hasta imponerse como un derecho que cada quien tiene para rehacerse un rostro, para corregir en los límites de lo posible los defectos del caso o de la naturaleza y adoptarse inclusive como norma de moderna profilaxis criminal.

Esta profilaxis de la criminalidad se basa indiscutiblemente sobre la defensa del patrimonio humano del país y sobre el reforzamiento de la moral:-

dad colectiva. Por tanto la organización de la profilaxis criminal exige ante todo que la educación y la asistencia del individuo se desarrollen con criterios adecuados y con medios eficaces, de manera tal que le permitan adaptarse a las siempre más complejas exigencias de la vida social y le impidan caer en estados de defecto físico y sobre todo moral con resultados antisociales que dan lugar a fenómenos criminosos.

La organización de la profilaxis criminal general impone que el individuo sea puesto en grado de desarrollarse normalmente desde cada punto de vista: físico, psíquico y moral. Pero en el tema que nos ocupa consideramos necesario tener en cuenta la importancia de combatir las causas que influyen sobre el desarrollo irregular o defectuoso de la persona humana y que pueden volverla menos apta en relación a las exigencias de la vida social y de la moral codificada.

Regresando pues a la cirugía facial, varios experimentos en el mundo nos persuaden sin esfuerzo de su bondad y de su eficacia en la lucha contra el crimen. Fue un científico Americano, el doctor Peer, quien estableció que existía en el 90 por ciento de los casos un nexo misterioso y seguro entre criminalidad y deformación física, sobre todo cuando se trataba de deformación facial. Su descubrimiento lo propagó con este slogan: "Rehagamos los rostros y habremos rehecho en gran parte las almas".

Siguiendo estas directivas, se escogieron cuatrocientos detenidos en una de las más grandes penitenciarías del Estado de Illinois, afligidos por defectos físicos y de preferencia fisonómicos, para ser sometidos a la cirugía plástica. Por la misma fecha fueron puestos en libertad, por haber pagado su pena, otros detenidos que pese a sus defectos físicos, no fueron someti-

dos a ningún tratamiento quirúrgico correctivo.

El resultado no se hizo esperar y apareció con sorpresa para los incrédulos: El porcentaje de los reincidentes frecuentemente altísimo, bajó de golpe en el grupo de los "operados" mientras se mantuvo elevadísimo entre aquellos que no habían sido "retocados". Así pues, los feos, revisados y corregidos, regresaron a su nombre de pila sin alias ni sobrenombres humillantes o despectivos, para encontrarse frente a un concepto nuevo de ellos mismos y de la dignidad humana y al encontrarse en este nuevo estado descubrieron que su delincuencia se había destemplado, su agresividad se había disminuído y, reducidos a unos seres normales, su camino no fue otro que buscar el reintegro, libres del complejo de su feúra, en el mundo de los hombres comunes.

Después de esta intervención tan convincente no quedaba otra cosa que sacar conclusiones ventajosas y la ventaja fue ésta: se aprobó una ley que permite a todos los criminales por cualquier género delincuencial, que hayan terminado su pena, de rehacerse el rostro a costos del Estado, aún en el caso de no tener anormalidades faciales. Con este concepto se quiere librar de la vieja cara y del viejo "Yo", al responsable. Si éste sigue con el mismo "empaque" por más que haya liquidado su deuda con la sociedad no podrá sentirse como los demás hombres porque la vista de su propia cara será una autoincriminación permanente e inevitable que continuará oprimiéndole hasta la reincidencia.

Por lo demás, la cirugía plástica no solo ayuda a los criminales. Ella sin distinción puede beneficiar a quienes la solicitan por tener una cara desagraciada, lo mismo que a la mujer que ve tambalear su matrimonio ante la indiferencia de su esposo a caza de "cosas mejores".

La crónica o la vida nos relata con frecuencia el caso de maestros o de profesionales que no tenían éxito en sus tareas y que sometidos a un "reajuste estético", vieron nuevos caminos de seguridad y de éxito. Alguno de los lectores se enteró de aquel joven que sufrió lo indecible a consecuencia de una nariz ciranesca, motivo de hilaridad constante y de indisciplina entre sus compañeros de escuela y de armas. Un día cansado de su suerte se sometió a la obra del cirujano, y con su nariz rehecha, terminaron sus amargos padecimientos que la mofa humana le proporcionaba.

De todo cuanto queda escrito, claramente se infiere que con la posibilidad de rehacerse un rostro coincide casi siempre la posibilidad de rehacerse un alma y otra vida. Para quienes piensen que esto puede ser blasfematorio, se les puede enterar de que la Iglesia interpelada por un profesor católico, sobre la oportunidad y conveniencia de estas intervenciones, respondió por boca de un alto prelado que "si el fin es bueno, la Iglesia no tiene nada en contrario".

La verdad es que no se trata de corregir la obra de Dios, ni de transformar la criatura plasmada con el "Hálito Divino", sino de ayudar a corregir las imperfecciones accidentales que nada tienen que ver con la creación humana y que pueden procurarle tanta infelicidad como la enfermedad misma, amén que después de todo, la feúra es una enfermedad que por fortuna hoy ya es curable.

Muchas gentes tienen pues ante sus ojos la perspectiva de una nueva vida, incluyendo al obrero a quien se le niega por sistema la posibilidad de trabajo, porque su cara espantosa da susto o desagrada al patrón; lo mismo que para aquellas criaturas casi angélicas de alma y sentimientos pero a quienes la suerte les consignó caras de crueldad o para aquellas que viven en un estado de perenne timidez por culpa de un labio deforme, de una nariz disparatada, de una herida accidental.

La cirugía moderna les permite recibir el milagro esperado y aún más, les brinda la oportunidad de escogerse su propia cara como podrían escogerse un vestido o un sombrero. Aquí lo importante es dar con el cirujano que tenga hondos conocimientos psicológicos y gran capacidad artística, para que su paciente no escoja quizá un rostro no adaptado a su propia persona, a su propia edad y a su temperamento.

El cirujano debe persuadir a su paciente que no es lícito tomar unos rasgos que no le caen bien psicológicamente, debe frenar los brincos de la exaltación a fin de que la obra luzca con el donaire y el tipo de la prudencia y no sea por exageración una transformación infortunada que haga aparecer a la persona detenida en el tiempo, mientras los otros caen y se acaban, víctimas de los años que corren.